

Conferencia “Formación en antropología y etnografía entre los uitoto”,¹ por Horacio Calle²

SOBRE HORACIO CALLE

Irreverente como pocos, Horacio fue una de las figuras más singulares de la antropología en Colombia. Con una formación en economía en la Universidad de Antioquia, y estudios de antropología en el por aquellos días naciente programa de antropología de la Universidad Nacional y de postgrado en la Southern Illinois University, Horacio perteneció a una generación de antropólogos profundamente crítica de las antropologías metropolitanas.

Aunque su trabajo de campo de toda la vida lo hizo con los uitotos en la Amazonía colombiana, al más convencional estilo malinowskiano, fue una de las figuras de lo que Jaime Arocha definió como antropología del debate, en la cual se cuestionaron las premisas ético-políticas y las prácticas académicas de las antropologías metropolitanas.

¹ Esta conferencia fue dictada por el antropólogo colombiano Horacio Calle el 5 de febrero de 2007, en el marco de las conferencias del Laboratorio de Etnografía (coordinado por Julio Arias), de la carrera de Antropología, en la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá, Colombia. Este documento lo publicamos post mortem en esta edición de nuestra revista. Horacio Calle, quien fue docente durante muchos años con la cátedra de Antropología Cultural, en la Facultad de Comunicación y Lenguaje, de la Pontificia Universidad Javeriana, falleció a los 83 años de edad el 26 de noviembre del 2016.

² Horacio Calle realizó sus estudios de Doctorado en la Universidad de Chicago, en Estados Unidos. Exdirector del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), y exdirector del Departamento de Antropología, de la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá, Colombia.

Además de su estrecha cercanía con Freud que marcaría una impronta en su perspectiva antropológica, desde comienzos de los años ochenta Horacio Calle proponía una antropología de la vida cotidiana, lo que para muchos de sus colegas de entonces constituía un impensable.

Publicamos acá la transcripción de su última charla en la Pontificia Universidad Javeriana, de donde fue profesor durante muchos años. En esta charla Horacio recuerda cómo llegó a ser antropólogo y habla de los inicios de su trabajo de campo entre los uitotos ante un público compuesto mayoritariamente por jóvenes estudiantes de antropología.

CONFERENCIA

A mí siempre me ha gustado hablar de una manera totalmente coloquial. Voy a intentar explicar por qué me metí en la antropología y por qué también en la variante psicoanalítica, que en gringolandia la llaman cultura y personalidad, pero es antropología psicoanalítica. Subiendo las escalas, uno ve un bustico del sabio Caldas,³ la gente casi nunca mira los bustos que hay en la [Pontificia Universidad] Javeriana; entrando a Básicas hay un busto de del sabio Mutis,⁴ y me han tocado estudiantes de biología o de ecología que no saben quién fue el sabio Mutis, y uno se da cuenta que están orinando fuera del tiesto ahí mismo. En este del sabio Caldas está bien clara una frase de que si uno no se enamora, que si no ama la profesión de uno, no hay nada que hacer. Muchos de ustedes puede que hayan entrado a antropología porque no los recibieron en medicina o en ingeniería. No importa, el amor se construye, el amor se aprende. Miren por ejemplo un clásico de la antropología, Malinowski, él no era antropólogo, él era un experto en matemáticas, y ya siendo un tipo adulto, maduro, se enfermó

³ Francisco José de Caldas y Tenorio (Popayán, 1768-Santafé, 1816) fue un héroe de la independencia de Colombia y, por sus vastos conocimientos en ingeniería militar, geografía, botánica y astronomía, y por su labor como científico naturista y periodista, es conocido en el país neogranadino como “El Sabio”.

⁴ El escritor Álvaro Mutis.

y en el hospital la mamá le llevó de regalo para que se entretuviera *La rama dorada* de Frazer. El tipo leyó ese libro y la antropología lo haló de las narices y acabó siendo, con sus mases y sus menos, incluso después de que publicaron el diario íntimo de él, un clásico de la etnología y la antropología. De modo que el amor se aprende.

¿Por qué me metí yo a la antropología? Yo nací en un pueblito chiquito de Antioquia, Bolívar, pero de allá desde muy tempranito, y tengo recuerdos muy vagos, me despacharon para la finca de mis abuelos, de esas fincas viejas con trapiche, con platanera, con ganado blanco orejinegro, una raza criolla para ordeñar, y cosas así. Y en esa finca no cabía una guaca más.⁵ Ya todas las habían sacado, en todos los potreros había el hueco inmenso, y le contaban a uno que eso eran guacas de los indios, entonces ya empezaba yo a tener un interés por ese lado. Y también nos contaban que en las ciénagas de la finca, las vacas cuando se metían a la ciénaga, salían con argollitas de oro entre la pezuña. De niño, teniendo yo cinco, seis o siete años, cuántas horas me pasé sentado al lado de una laguna y empujando las vacas para ver si salían con una argollita de esas, y nunca. Pero ya había un interés por ese lado.

Y luego, cuando tomaron la decisión de llevarme a Medellín a que me educara, la casa de nosotros era en un barrio que se llama Boston. En esa esquina era la parada obligatoria de los buses públicos. Ahí se bajaban todos los presos que llevaban a la cárcel de La Ladera. Yo me sentaba ahí porque me llamaba mucho la atención ver que los bajaban esposados, y entre esos presos con mucha frecuencia traían indios de Dabeiba, norte de Antioquia, con su túnica negra y su cara pintada de achote, sus rasgos faciales distintos, y el motilado distinto. Afortunadamente había un señor muy amable, el señor Escobar, que era juez, y yo le preguntaba, y él me decía que era por pleitos de linderos que los metían presos. Era un interés en esa cuestión. Y eso se fue confundiendo con una carga emocional que me acabó de acercar a la antropología.

⁵ En América del Sur, guaca o huaca cuenta con dos acepciones: 1) Sepulcro de los antiguos indígenas donde estos se encuentran enterrados con sus objetos de valor; y, 2) Tesoro enterrado.

Ya les comenté, yo me crié muy solito en una finca típica paisa⁶ por allá, mi familia sí se fue a vivir a Medellín, y cuando me llevaron a Medellín ya era un forastero, ya todos mis hermanos sabían montar en tranvía, sabían tomar la buseta y todo eso, y de pronto yo llegué y me metieron a un colegio de los padres salesianos... En la finca no era sino yo, a mí no me dejaban jugar con los hijos de los peones porque yo era muy blanco, los peones eran peones y vivían regados por allá en casitas. Entonces uno era corriendo detrás de los terneros chiquitos que cuidaban la cola en el espinazo, mariposas, grillos, y por supuesto mirando las guacas. Cuando llegué a Medellín me metieron a un colegio donde había como quinientos muchachos, unos mayores que yo, otros de mi edad. Era primero elemental, pero yo no sabía lo que era jugar fútbol, por ejemplo. Entonces empecé a sentirme aislado, y ese aislamiento me fue llevando a lo que hoy se conoce como la cuestión psicoanalítica.

Después, cuando empecé a hacer mi bachillerato en el Liceo Antioqueño, ya era un entusiasmado por leer cuestiones de antropología, pero en un término sumamente amplio, pero uno de mis compañeros era Aníbal Tascón, a quien asesinaron hace tiempo los paras porque se metió de líder indígena allá en Antioquia. Aníbal Tascón era un indígena de Cristianía, un resguardo indígena que queda junto a Ciudad Jardín, ahí junto a mi pueblito, y él le había regalado al Museo Etnológico de la Universidad de Antioquia (donde yo pasé muchas horas viendo flechas, marcos, vainas así, cerbatanas, por ver otro mundo) dos fotos, una, y esto siempre lo he recordado mucho, él con sus atavíos indígenas y se veía lleno de dignidad, muy dueño de sí mismo, y estaban los collares con plumas, con dientes de tigre, con alitas de cucarrón y vainas de esas; y la otra foto era él ya “civilizado”, como estudiante de ahí del Liceo Antioqueño, y se veía ahí como tan apolotardado... me impactaba eso, pero yo no veía que eso fueran problemas de identidad.

⁶ En Colombia, la palabra paisa se refiere a los habitantes de una parte del noroccidente de este país, conformada por Antioquia, Caldas, Risaralda, Quindío, noroccidente de Tolima y norte del valle del Cauca.

Cuando terminé mi bachillerato quería estudiar lo que conocía como antropología muy vagamente, y psicoanálisis. ¿Por qué psicoanálisis?

Mi familia es la típica familia paisa numerosa, mi papá, mi mamá, diez hijos y una tía que vivía con nosotros, van trece, y yo cometí el error de nacer en la mitad. El cariño se lo dan todo a los primeros y a los últimos, a los de la mitad nos tragó la tierra, los de la mitad siempre tenemos una sed de venganza. No es chiste. Cuando hice mi primera comunión de mi casa, nadie fue, ya había seis que habían hecho la primera comunión, ya estaban hartos de primeras comuniones. Recuerdo que cuando llegué a la casa, recién comulgado, ni estaban ellos, una boletica: “Horacio, su regalo está en la mesa del comedor”. Maldita sea, me dieron un juego que no se jugaba ya, unos palos de madera y unas pelotas de madera. Cuando acabé el bachillerato nadie fue a la ceremonia de entrega, ya habían terminado seis el bachillerato y varios ya eran profesionales en economía, en odontología, en medicina, en el magisterio... Y cuando me gradué de economía, que fue la carrera que hice a la brava, yo ya me había volado de la casa, no me quedaba más remedio. Pero vayan entendiendo por qué el énfasis en la cuestión psicoanalítica, el mundo emocional, yo vivía en un mundo que me era hostil, yo lo sentía así y eso es lo que importa, cómo lo siente uno, y quería estudiar esas vainas. Para cuando acabé mi bachillerato, en Colombia no había donde estudiar antropología, ni tampoco psicoanálisis. La oleada primera del maestro Paul Rivet ya había pasado, y en realidad no tenía conocimiento de él. Allí estaba un ser que todavía vive muy chuchumeco,⁷ que sí estudió con el profesor Rivet, y él tenía un museíto muy modesto en la Universidad de Antioquia, y yo me la pasaba charlando con él. Tuve que estudiar economía tal vez por la misma razón por la que algunos de ustedes pueden estar estudiando antropología: porque no les quedó más remedio.

Parto de la base de que todo ser humano debiera tener un interés en la antropología, porque somos seres humanos y la antropología es el estudio del ser humano. Pero yo tenía fama desde el

⁷ Anciano.

bachillerato de que me gustaban esas cuestiones de (y puede que sea un estereotipo, pero no importa)... de indios, de estar leyendo de otras vainas, y de historia de la humanidad y cuestiones así. Cómo sería eso que cuando terminamos economía a un compañero mío, el Negro Flores, lo nombraron decano de la Facultad de Economía de la Universidad del Valle, en Cali. Allí se conoció con un antropólogo gringo, el doctor Thomas Price, y él quería conocer a Medellín... y, bueno, él le mostró los museítos que habían allá, y ese gringo muy amablemente se interesó en mi persona y me consiguió una bequita para estudiar antropología a nivel de posgrado en Estados Unidos, así fue como empezó la vaina.

En 1960 viajé al estado de Illinois, a Southern Illinois University, a hacer mis estudios de posgrado en antropología. Afortunadamente era una universidad pequeña comparada con los *big ten* de los Estados Unidos, pero gigantesca comparada con las nuestras, la biblioteca de esa universidad era un edificio de dieciséis pisos. Tenían un departamento de estudios latinoamericanos donde se conseguía todo lo que uno quisiera sobre Latinoamérica, tenían hasta colecciones de hojitas mimeografiadas que publicaran los grupitos políticos de Cali, Medellín, Bogotá. En las universidades grandes de Estados Unidos hay un problemita, para los que estén soñando con becas en Harvard, Cornell, Berkeley: el profesor titular es tan famoso que nunca tiene tiempo para dictar las clases, ponen un monitor a dictar las clases. En las universidades chiquitas a uno sí le toca con el profesor titular, y yo tuve la suerte de haber tenido muy buenos profesores y en un área muy amplia.

Allá empecé a tomar conciencia sobre lo nulo que era mi conocimiento sobre Colombia. Cuando llegué allá la gente me preguntaba: “Where are you from?”, y yo ingenuamente contestaba: “I’m from Bolívar, Antioquia, Colombia”. A esos gringos qué les iba a importar mi pueblito. Tuve que quitar mi pueblito... ustedes saben que en Antioquia tenemos una identidad muy fuerte, muy regionalista. Con dolor del alma tuve que quitar mi pueblo y decir Colombia, a veces creían que era British Columbia, o el estado de Columbia, para todos esos gringos Suramérica es todo lo que queda al sur del río Grande, y creyeron que mi papá tenía una ruana y

se la pasaba recostado contra una pared vieja haciendo la siesta, un burrito muy lindo al lado y un cactus enorme al lado de él. A mí me decían que era Pancho, olvídense de Horacio Calle, y esto es interesante no por lo chistoso sino por el problema de identidad.

Cuando llegué allá, en el semestre del otoño de 1960, en esa universidad tenían la costumbre de dictar toda una semana de conferencias sobre un distinto país del mundo, y ese año le tocaba a Colombia. Yo era el único estudiante extranjero de Colombia. Me preguntaron “que si yo quería colaborar” y yo dije que sí. Empezaron las conferencias, y recuerdo que el primero que habló fue un gringo sobre los páramos colombianos. Ahora mismo junto a un páramo allá en Guasca ya sé lo que es un páramo y me enamoran mucho, pero en Medellín nunca había visto páramos. Ese gringo mostraba diapositivas, flora y fauna del páramo, y me voy cayendo de la vergüenza en la silla, porque de eso no sabía nada. Después habló un lingüista sobre las distintas variedades del castellano que se hablan acá en Colombia: el costeño, el antioqueño, el opita, el santandereano, el valluno, el pastuso, y yo de eso no sabía nada. Es decir, me fui dando cuenta que de Colombia no sabía nada. Y cuando llegó el turno mío hablé dizque del movimiento estudiantil colombiano, porque durante mi bachillerato todos los años hicimos huelga. Nunca supe por qué era la huelga, pero era rico gritar: “¡Viva la huelga!”, tanto que no había clases, y: “Tombo⁸ hiju’ e’ putas, ¡boom!”. Siempre había pedreas, en ese tiempo no había bala ni papas⁹ tampoco. Todo era a pura piedra y nada más, y cantábamos era *La Marsellesa* y vainas de esas. Había leído afortunadamente, y todavía lo recuerdo con cariño, *El estudiante de la mesa redonda*, del maestro Germán Arciniegas. Ahí metí un poquito de cuestiones y medio me defendí, pero juré en ese primer semestre que cuando volviera a Colombia iba a hacer lo posible por conocer el país pies a cabeza.

Fue pasando el tiempo y tomé unos cursos en antropología con énfasis en psicoanálisis, después me trasladé a Chicago por

⁸ Funcionarios de fuerzas policiales.

⁹ Explosivos realizados por los mismos estudiantes que producen un gran estruendo.

unos años y regresé a Colombia en el 68. No me aguantaba las ganas... Olvídense de que yo haya diseñado –lo exigen ahora en muchas instituciones– un proyecto de investigación con marco teórico, con una hipótesis principal, con hipótesis derivadas, con bibliografía, con un capítulo sobre metodología, sobre técnicas de investigación... No, nada, nada de eso. Lo único que quería era pasar de los libros, que tuve que leer bastantes, al mundo... al mundo. No sé de dónde me salió la idea, dando una vuelta una vez por el centro de Bogotá, y ni siquiera conocía Bogotá en ese entonces, vi un almacencito donde vendían motores fuera de borda, y ahí decía: “Almacén Puerto Leguízamo”. No sé de dónde se me metió la idea de que Puerto Leguízamo quedaba sobre el río Putumayo. Y la cabeza me funcionó muy fácil, dijo: “Putumayo igual a selva, selva igual a indios. Allá tiene que haber indios”, y entré a ese almacencito y le dije:

- ¿Usted conoce el Putumayo?
- ¡El Putumayo pasa por ahí por el pueblo, hombre!
- Ve, y ¿allá hay indios?
- ¡Uhh!... todos los que quieras
- ¿Y cómo hace uno para irse para allá?

Y el tipo me cogió de la mano y me fue sacando del almacén. Creí que me estaba echando, pero era pa’ mostrarme en todo el frente una agencia que había de Satena. Ahí mismo pasé a la oficinita y me dijeron que sí, que volaban tres días a la semana. Después supe que esa era la teoría de Satena, pero saber cuándo iba a salir el vuelo o si iba a llegar, porque a veces lo dejaban a uno tirado en Neiva, o en Florencia, o en Tres Esquinas; a Puerto Leguízamo aún hoy en día uno no sabe cuándo va llegar, ni cuándo va a salir. Puerto Leguízamo es un pueblito que queda sobre el río Putumayo, cerca de la frontera con el Ecuador. Y cuando me bajé del avioncito de Satena lo primero que vi fue un misionero. Todavía soy muy amigo de él, un misionero de la Consolata, italiano. En ese entonces todavía utilizaban sotana blanca, con una barba por acá y sombrero de corcho, el estereotipo del misionero. Ahí mismo me le acerqué en el aeropuerto y le dije:

– Padre, permíname la pregunta: ¿Por aquí hay alguna tribu de indígenas?

– Desde la pista para allá, como a cinco kilómetros.

Me fui para allá y encontré una comunidad de indígena. Un antropólogo mexicano que escribió *Regiones de refugio* (Gonzalo Aguirre Beltrán), mostrando cómo los indígenas en América Latina se han venido concentrando en zonas de refugio, son desplazados de tiempo atrás, desde la época de la colonia... Esta comunidad eran Uitotos, Boras, Muinanes, Nonuya, todas comunidades amazónicas que habían quedado ahí, porque las circunstancias históricas las metieron allá.

Cuando llegué allá, supuestamente iba a estudiarlos a ellos, pero ligerito descubrí que ellos me estaban estudiando a mí. Lo primero que hicieron fue coger mis morrales. Llegué como un paracaidista gringo –mi morral con comida, con chitos, con sardinas enlatadas, una grabadora de este tamaño al lado, por el frente un talego grande con una cámara con teleobjetivo, con lente ojo de pescado, con varios rollos–. Parecía un paracaidista gringo, no me cabía un paquete más. Estos paisanos gozaron esculcando lo divino y lo humano, y cociéndome a preguntas. Yo era el informante y ellos eran los antropólogos. Pero ligerito descubrieron una vaina muy rara, que yo era un blanco que estaba interesado en las tradiciones de ellos, porque los blancos que los rodean, los blancos que van por allá, opitas, paisas, vallunos, todos tienen un desprecio enorme por la tradición indígena, por su idioma, por su dieta, por esas cuestiones. Por eso para ellos era rarísimo ver a un blanco que estuviera preguntando: ¿Oiga, esto cómo se dice en el idioma de ustedes?, ¿cómo se teje este canasto?, se les hacía sumamente raro. Y ligerito me dijeron: “¿Usted quiere aprender cosas de antigua?”, así me lo decían ellos mismos. Si quiere váyase para El Encanto, váyase para La Chorrera, allá la gente todavía vive como en antigua.

Por supuesto a mí se me fue abriendo las ganas de conocer la vaina más pura. En Puerto Leguízamo, en esa comunidad todavía había malocas, la construcción grande tradicional de ellos, pero ya socialmente no eran malocas. Y como era una reunión de Bora, Muinane, Nonuyas, Ocainas. Entonces el Amazonas es un mosaico

lingüístico, son idiomas distintos que no son entendibles entre sí, ellos utilizaban entre ellos un castellano de contacto, un castellano muy pobre, pero de contacto. Entonces cuando yo le preguntaba a uno: ¿cómo se dice canasto?, si era Uitoto me decía *ekirigue*, pero si era Muinane me daba otro vocablo completamente distinto, y a mí se me estaba haciendo un sancocho del diablo.

A mí se me fue metiendo en la cabeza la necesidad de ir al Encanto o a La Chorrera a conocer las cuestiones “de antigua”. El Encanto es un pueblito pequeño que está en la zona del río Putumayo.

Hubo una población indígena abundante en todo este sector en la época debido al contacto. Para estos indígenas el contacto empezó, la conquista de ellos, con las caucherías, las denunciadas por José Eustasio Rivera en *La Vorágine*, las tristemente célebres caucherías de la Casa Arana. Lo que yo encontré, y por eso les mencioné lo de *regiones de refugio*, fue los herederos, lo que la Casa Arana dejó, que fue muy poquito porque fue una verdadera masacre. Hay libros, hay artículos que se escribieron desde tiempo antiguo. Hubo una época en la que llegó a tener resonancia mundial, se conoció un librito de Roger Casement, un explorador irlandés, *El libro rojo del Putumayo*.

En el año 32, yo no había nacido, yo nací en el 33, hubo un conflicto colombo-peruano, una escaramuza, unas poquitas balacearas y nada más. La casa Arana se retiró de esta región, pero se llevó a todos los indígenas que pudo para el lado peruano para seguirlos haciendo trabajar en el caucho. Allá hay todavía mucho Uitoto a lo largo del río Napú y a lo largo del Putumayo en la banda peruana. Algunos se volaron y fundaron unos poquitos caseríos en La Chorrera y en El Encanto, esa es la gente que yo encontré, esos abuelos y sus herederos. En El Encanto tuve la oportunidad de conocer los rezagos que quedaron de la Casa Arana, de las construcciones. Eso de momento a otro fue una multinacional importante, pero ya no quedaban sino las ruinas, el recuerdo triste y la gente amedrentada. En El Encanto, cuando llegué la primera vez sí había una comunidad toda de Uitotos. Allí no había ya de otros grupos, de distintos clanes. Aquí empieza un problemita. Nosotros decimos

Uitoto –algunos del Caquetá aceptaron recientemente ese nombre–, pero el nombre Uitoto ese es un término exógeno, es algo que pusieron los blancos. En el idioma Uitotouite es comer, y *uitatao uitota* es denme de comer, y con la Casa Arana esta gente ya no podía atender sus campos de cultivos, sus chagras, sino que tenían que estar sacando el látex para el caucho constantemente, y me los imagino diciéndoles a los blancos: “*uitatacue*”, “deme de comer, es muy común esa transformación fonética: pasó a uitoto, pero ellos no se autodenominan uitotos. Ellos tienen una organización dual, no sé qué tanto les enseñaran esto a ustedes en etnología, muy común en la región amazónica, y son o muruy los de la cabecera del río, o muinane los de la bocana del río. Con los que estuve eran todos muroy de distintos clanes, pero ellos nunca tuvieron un sentimiento de identidad de que: “Nosotros somos uitotos”. Ahora sí lo tienen y negativo... Una colega mía que me la llevé para el Amazonas para que hiciera trabajo de campo, María Clemencia Ramírez, la Mencha. Ella hizo un trabajito sobre etnoeducación de los indígenas ahí en Puerto Leguízamo, y recuerdo que ella me comentaba que en el colegio el peor insulto que un muchacho le pueda lanzar a otro es decirle uitito, y se matan a patadas porque es lo más feo que le puedan decir. Ahora vamos a ver esta cuestión del complejo de inferioridad en comunidades indígenas.

Pero cuando un indígena se encuentra con otro allá, que no lo conoce bien y eso, la pregunta que le hace por conocerlo es: ¿Usted de qué gente es?, y el tipo ya va a contestar, por ejemplo: “yo soy de la gente del pájaro mochilero”, dan la pertenencia clanil, o “yo soy de la gente de la olla de barro”, o “yo soy de la gente del cielo”. La pertenencia es la pertenencia clanil, nunca tuvieron una conciencia de “nosotros los uitotos, o nosotros los nora, o los muinane”, y todavía hoy en día eso no les funcionó. En El Encanto todos eran Uitotos, todos hablaban búe, pero eran distintos clanes...

El problemita que tuve allá, cada que un investigador social, antropólogo, sociólogo, historiador, geógrafo humano, llega a cualquier comunidad indígena, campesina, negra, uno de los problemas que tiene que afrontar es el problema del estatus que la comunidad le da a él. En esta comunidad no había ni un solo blanco, los únicos

blancos eran mi esposa en ese entonces, una médica inglesa, y mi persona, nadie más. Allá de pronto llegaba algún blanco cada año y medio, pero la vida cotidiana entre ellos era en su idioma. En el Uitoto hay cuatro dialectos: *búe, nupode, mica, maneca, y otros que ya se extinguieron, sí son entendibles entre sí. Aprendí el búe, y allá hubo que aprender el idioma, los ancianos ninguno hablaba el castellano. Los adultos, por encima de los 20 años (es que yo ya tengo mis 73 años, cuando llegué allá tenía 33), los adultos de 33 años hablaban el idioma, muy poquito en castellano; los niños ya empezaban a avergonzarse de su propio idioma. Uno de ellos me decía: “Horacio, yo a usted no lo entiendo. Usted bregando a aprender mi idioma y yo bregando a que se me olvide”. Allá sí había que estudiar el idioma.*

Como la idea era buscar el punto más típico posible, cuando llegué a El Encanto sí me gustó mucho aquello de una maloca ceremonial, y que funcionaba, todas las noches había reunión allá, y la coca y el tabaco sagrado y esas cuestiones que yo apenas estaba aprendiendo. Uno es víctima de los estereotipos, y yo sí quería encontrar el indio que me saludara: “Aho”, y entonces: “Pegue pa’ La Chorrera, son tres días de trocha y bien caminados”. Tenía en la cabeza: “Si aquí en El Encanto hay gente casi que pura, en La Chorrera, que es más lejos, va a estar más pura”. Tres días de pura trocha bien caminados, con harta hambre y con un solazo. El sol uno nunca lo ve en esa selva, pero el calor se siente y el zancudero sí que se siente, y se siente la diarrea, uno está comiendo coca, fariña y casabe, y el estómago no le recibe a uno esas vainas, entonces unos tres días de diarrea. Es que la gente cree que eso es como ver películas de Hollywood y la cuestión no es tal, para llegar a La Chorrera, y mi corazón me decía: aquí sí va a ser la vaina. Cuando de pronto el guía que iba a adelante dijo: “¡Llegamos a La Chorrera!”, y me asomo yo: unos potreros, potreros enormes con ganado, con una edificación grande, el internado misional, con campo de aterrizaje.

La Chorrera había sido muy golpeada durante la Casa Arana. Miren, cuando se acabó el conflicto colombo-peruano, y esto lo averigüé con los abuelos de esa época, un barco de la armada colombiana recogió un montón de indígenas y los subió por el río Igaraparaná y los soltó ahí en La Chorrera, entonces ellos fue-

ron a buscar sus antiguas malocas. Una viejita, ella ya murió, me comentaba que cuando llegó allá la maloca no estaba vacía, en las hamacas cadáveres destrozados por los perros que los habían estado devorando. Es que lo que quedó fue nada, antes es un milagro que hayan intentado reconstruir aquello.

Yo sí quería encontrar al indio, indio, indio, y lo que vi fue potreros enormes y con ganado y un misionero español ahí que creía que yo también tenía narigueras, porque le hablé español, no era catalán. Se me fue el alma al suelo, y me dijeron: “Dese cuenta, la vaina es con los muinane en la cabecera del Cahuinari”. Otros tres días de selva, selva, selva, hasta que llegamos a la cabecera. Allá no había misioneros católicos, había era una pareja de misioneros del Instituto Lingüístico de Verano, muy formal la pareja de los gringos. Ya habían aprendido el idioma de los muinane, un idioma muy nasal, totalmente distinto al Uitoto, yo nunca aprendí el muinane, nunca tuve la oportunidad.

Muchas malocas completamente podridas, no era sino verlas, se estaban viniendo al piso; no había hombres, los hombres estaban trabajando para unos caucheros colombianos, les estoy hablando de 1969, 1970, y todavía sacaban caucho, y condiciones infra-humanas. Entonces lo que uno veía eran ancianos, niños, y unas mujeres todas famélicas, muriéndose de hambre, porque no había hombres para que tumbaran el monte para tener chagra, yucal, piña, coca, las frutas que ellos normalmente comen. Entonces decidimos establecer la sede de trabajo nuestro en El Encanto, y así nos quedamos varios años con salidas aquí a Bogotá, pero cuando se salía a Bogotá emocionalmente se seguía viviendo allá, y nos dedicamos muy intensamente al trabajo allá.

¿Problemas? Ya les mencioné el estatus. Para estos indígenas llevar cartas de presentación: “el suscrito de director del Instituto Colombiano de Antropología hace constar que el antropólogo Horacio Calle...”... ¿qué van a saber ellos qué es un antropólogo? ¡Por dios, santo cielo! Para estos indígenas yo era... como yo no entendía el idioma de ellos, ellos sabían que yo no hablaba el idioma, entonces hablaban tranquilamente en mi presencia, pero yo tenía una grabadora ultra profesional de antropólogo de cassette

grandototes, y todas las noches en la reunión en la maloca yo dejaba que esa grabadora grabara y grabara. Yo empecé a entender el idioma como al año de estar allá, y tomando mucho apunte. Eso me sirvió mucho para que ellos después me apreciaran y me aceptaran. Cuando después escuchaba las grabaciones y entendía lo que ellos estaban diciendo de mí, me tenían temor porque creían que yo era un cauchero que los iba a poner otra vez a sacar caucho, porque ¿qué más podía hacer un blanco allá junto a los indígenas? Se les hacía rarísima la preguntadera de nosotros dos, hablo de Isabel (mi esposa) y yo, de estar averiguando un poco de cuestiones sobre las tradiciones de ellos, sobre la cultura de ellos y cosas por el estilo.

Vino la otra cuestión. Como les dije, éramos los únicos blancos ahí, había un misionero capuchino, creo que él todavía vive en La Guajira, el padre Miguel, que vivía en un pueblito que quedaba medio día más abajo por lancha, eso es bastante, subía allá cada año y medio nada más. Resulta que en Uitoto la palabra para hermano es *ama*, y a mí me decían *ama* Horacio, hermano Horacio. Cuando el cura entendió que a mí me decían *ama* Horacio, y él preguntaba, porque él no aprendió el idioma, a él se le metió que yo era un misionero evangélico. Era cauchero, era misionero evangélico —¡dios me libre!—. Y esto era problema porque el cura empezó a decir: “Cuidado, que estos evangélicos esto y lo de más allá”, entonces es un problemita que uno tiene. Ustedes, por ejemplo, si intentan hacer antropología acá, en grupos ya bien toreados, vendedores ambulantes, lo primero... a uno hoy en día ya en una comunidad le preguntan: “¿Dónde está su proyecto?”, y “¿cuánta plata le queda a la comunidad?”. Es decir, lo que yo hice ya no se puede hacer, para hablar de los problemas de orden público tan verracos¹⁰ que hay allá, porque cuando yo salí llegó el narcotráfico y ahora la violencia y el enfrentamiento total entre el ejército y la guerrilla de las FARC, entró el Plan Patriota, entonces allá no hay asomadero que se pueda hacer. Lo que quería mostrar es el problema del estatus.

¹⁰ Difíciles.

Segundo, y aquí voy a hablar de manera muy brincona para lado y lado, en las teorías antropológicas, en los cursos sobre metodología, a uno le van metiendo una serie de categorías conceptuales y de términos que sí son funcionales, que sí son útiles, yo no lo niego, pero que cometen un grave error, por ejemplo, cuando yo llegué a Colombia de regreso de Estados Unidos aquí y en todas partes del mundo antropológico, la moda de la antropología, la minifalda de la antropología eran los estudios mitológicos, porque Lévi-Strauss estaba waaa, el estructuralismo levistrausiano, ya estaban apareciendo las mitológicas, *Lo crudo y lo cocido*, *De la miel a las cenizas* y estas cuestiones, y que todo mundo hiciera análisis de mitos y de leyendas. Y miren, yo no le veo nada de malo en que un tipo quiera decir: “Yo quiero especializarme en el estudio antropológico de la mitología indígena”... el otro concepto sería decir “cultura material”, por ejemplo, que el tipo me dijera: “Yo no tengo ningún interés en estudiar fabricación de canastos o construcción de casas, sino mítica, mítica”, yo aprendí a tejer canastos con los Uitotos y fue tejiendo canastos que ellos me enseñaron a mí que lo que ellos llaman el *afue*, el *a* quiere decir cosa, y *fue* quiere decir conocimiento, de modo que el *afue* muy tranquilamente se puede traducir como filosofía, es el mundo conceptual de ellos y le dan una importancia enorme. Ellos el *afue* lo comparan con un canasto, y cuando uno le va a preguntar correctamente a un indígena: ¿Usted qué tanto sabe de sus tradiciones?, uno le pregunta: ¿Su canasto es hondo, es grande? En realidad uno no le está preguntando si el canasto que él tiene colgado ahí es grande o no, sino sus conocimientos de sus tradiciones: ¿Usted sí sabe de esto o no sabe? Y uno no aprende a hacer esa pregunta si uno no se metió a tejer el canasto y ellos le van enseñando poquito a poco cómo ese canasto significa el conocimiento de ellos tradicional, y por qué.

Miren otra cuestión, son sutilezas, yo aquí estoy hablando y ustedes dizque me están poniendo cuidado, sin darse cuenta que en nuestra cultura esa es la forma de poner cuidado, ustedes se quedan callados, callados, callados, y algunos están tomando nota, otros pueden que tomen nota metal. Cuando uno va a la selva mete entre

la mochila tenis, calzoncillos, camisetas, un tarrito de mentolado, la cámara fotográfica, la cultura de uno va con uno dentro de ese morral. Entonces cuando ya había empezado a defenderme en el idioma, cuando ya le entendía algo de idioma a los ancianos: “¿Y cómo fue que ustedes aprendieron a hacer candela?”, y el abuelo de muy buena gana empezaba a explicarme y de pronto notaba en él una cara de desinterés y de desprecio y se quitaban y no me hablaban más, y yo por dentro me emberracaba:¹¹ “Estos indios huevones,¹² uno les trae anzuelo, machete, nailon, cartuchos, y uno les pide que le enseñen una vaina y no quieren”. Hasta que de pronto, sin que nadie me enseñara, aprendí una cuestión: en la cultura de ellos, cuando a uno le están enseñando algo uno no se queda como ustedes, sino que hay que ir repitiendo lo último que el tipo dice. Ustedes debieran estar repitiendo, en nuestra cultura eso se llamaría mamar gallo, en la de ellos no. Y una vez decidí hacer el experimento, un abuelo empezó a hablarme y yo a repetir lo último que él decía, me dijo: “Ya aprendiste, ¿no cierto?”. Nunca más se me volvieron a quitar en la enseñanza de nada. Ya el problema era mío de dominar el idioma para poder entender la vaina, pero ya ahí me soltaron información. Otro detallito con esta vaina de cultura material, cogieron la vaina del canasto, el canasto es el conocimiento de ellos, y yo aprendí a tejer lo que ellos llaman peine para los techos de la maloca, cualquiera diría: “Eso es cultura material, pero lo que a mí me importa es la vaina mitológica”. Pero cuando me puse aprender a tejer peine, porque yo quería conocer la cultura como un todo, ellos me fueron explicando: “Este es el peine, este es venado, este es el peine hembra, este es el peine macho, este es el peine de lluvia”, y detrás de eso venía un montonón de relatos mitológicos que me hubiera perdido si no hubiera logrado ese conocimiento.

Allá la yuca es reina y tiene una importancia enorme en la dieta y en la mitología de ellos; la mata de yuca, que es así como una manito, produce a veces como una verruguita encima, yo había

¹¹ Ponerse bravo.

¹² Abusivos.

visto esa verruguita en los yucales, pero fue una vez que uno de ellos me dijo: “Esa verruguita es una maloca, y en esa maloca esto, aquello...”. De modo que si nunca me hubiera metido a un yucal no hubiera caído en cuenta de la verruguita y me habría perdido todo un relato mítico.

Ocurren cuestiones como esta. En el Instituto Colombiano de Antropología había un empleado encargado de todo el archivo fotográfico, de películas y grabaciones, el señor Galilello, una vez me dijo: “Profesor Calle, aquí hay unas grabaciones que dejó un antropólogo español con los Uitotos en el Perú, ¿a usted le interesan?”. “Claro, mostrámelas”. Y está el español diciendo: “Estoy con los Uitotos acá en las riberas del río Napo y vamos a grabar el mito sobre el origen de la lluvia, a ver abuelo, cuénteme”, y empezaba el abuelo en su idioma [fragmento en la lengua], y el antropólogo español completamente desconocedor del idioma indígena, feliz y dichoso grabando el mito de la lluvia, yo no sé para qué o por qué lo que el indígena estaba diciendo era: “Yo soy muy pobre, yo tengo hambre, yo no tengo nada qué comer, deme plata para yo comprar pan”, ese era el mito de la lluvia, pero en Uitoto. ¿Van viendo la importancia de aprender el idioma?